

princesa burgundia volvió más fácil la tarea de los obispos, que se habían propuesto hacer de aquel pueblo bárbaro un pueblo cristiano, pero ortodoxo, precisamente para oponerlo á los otros heréticos imperios. Clovis penetra bien este designio y comprende que es el único medio de atraerse á la población galoromana que es católica: cuando logra, en una batalla con los Alamans, que fué el primer paso dado por los germanos para conquistar su antigua patria germánica, convencer á sus guerreros de que la protección de Cristo era más eficaz que la de Odín, acepta el bautismo y con él su pueblo. La Iglesia declaró entonces, por boca de uno de sus principales obispos (S. Avito), que en cada triunfo de Clovis veía una victoria para ella; ayudó al franco en sus luchas con los burgundios, á quienes sometió á su tutela, y con los visigodos, á quienes el rey franco despojó del territorio que dominaban al Sur del Loira, y á quienes habría arrojado más allá de los Pirineos, si el ostrogodo Theodorik no lo contiene y salva la Provenza.—Clovis, por la región del Rhin, valiéndose de todo linaje de violencias y crímenes, sometió á los reinecillos francos y los *Salios*, así se llamaban sus francos, y los *Ripuarios* (francos de las riberas del Mein) le quedaron desde entonces sometidos. Los galoromanos aceptaron de buen grado el yugo del caudillo que había recibido de Constantinopla el título de cónsul y había además respetado sus tierras; para repartir entre sus guerreros le bastaban las que pertenecían al antiguo fisco imperial. Clovis murió en 511. La principal autoridad histórica sobre su reinado es la Crónica de Gregorio, obispo de Tours, casi contemporánea de las épocas que narra.

3. *Los merovingios en el siglo VI.*— Los hijos de Clovis se dividieron el reino, y abrióse entonces para la dinastía de los merovingios (de Meroweg, ascendiente semi-legendario de la familia) una era de crímenes inauditos y de luchas inicuas, en que toman parte principal las mujeres de la casa real, lo mismo Clotilde, la viuda de Clovis, que después, Brünchaut ó Brunequilda entre los francos de Oriente, y Fredegonda entre los de Occidente; estas célebres rivales eran: muy inteligente la primera, muy astuta la segunda, y ambas feroces. En vano algunos santos obispos se oponían al torrente de aquellas desenfrenadas pasiones salvajes; eran impotentes; otros, y buena parte del clero, se contaminaban con ellas; era aquel el reinado de la fuerza.—Los soberanos iban de una en otra granja con su séquito de compañeros ó *leudes*, y más bien acampaban que se radicaban en su reino; algunos se jactaban de ser hombres civilizados y hasta la daban por las sutilezas teológicas y gramaticales; era solo un disfraz que cubría la más innoble barbarie. La Iglesia gemía y se enriquecía; los leudes aglomeraban tierras que los reyes les daban para que

las gozasen durante su vida, y estos dones recibían el nombre latino de *beneficios*; así el beneficio reemplazaba al bacha, al caballo que el caudillo germano daba á sus fieles, que en cambio le juraban seguirlo en todas sus campañas; tal es en su primer germen *el derecho feudal*: el beneficio ó privilegio de estos tiempos merovingios no es todavía un contrato entre el rey y el señor, como lo fué en los siglos posteriores; es una simple donación de tierras vitalicia para gozar de los frutos (usufructo); pero estas donaciones ó *beneficios* fueron precisamente las que en los tiempos carolingios dejaron de ser vitalicias, tornáronse hereditarias y se llamaron *feudos*.—Las asambleas de guerreros libres continuán, para decidir la guerra, para zanjar las discordias, y á veces para legislar, como la que en tiempo de Clovis debatió el código de los francos salios llamada *ley sálica*. Cuando en 558 Clotario heredó los diversos tronos francos, la Burgundia (Borgoña) formaba ya parte de aquella Francia bárbara que se extendía también por la antigua Germania. Clotario poseía mayor patrimonio que sus antepasados; dió, pues, mayor número de beneficios á sus leudes, á su clientela ó *truste*. Las Iglesias cada día más ricas, se vieron dotadas de *inmunidades*, es decir, en su territorio nadie, sino los eclesiásticos, podían ejercer justicia, y nadie, sino ellos cobrar tributos. A la muerte de Clotario tornaron la división del reino y las horribles discordias; á esta segunda época pertenece la terrible querella entre Brunequilda la reina de Ostracia (francos del Este) y Fredegonda de Neustria (francos del Oeste). Neustrios y ostrasios se odian ya. ¿Y la raza conquistada? Continuaba, aunque en grado inferior, gozando de los mismos precarios derechos que los francos; unos eran siervos ó esclavos, otros colonos ó cultivadores casi siervos; otros tenían su alodio (*alleu* ó tierra libre); los grandes propietarios gozaban de mucho valimiento, acaudillaban las huestes francas á veces; algunos eran condes ó duques.—En principios del siglo VII, Clotario II, el hijo de Fredegonda, logró, después de haber hecho perecer en horrible suplicio á la anciana rival de su madre, reunir bajo su cetro á la Ostracia y á la Neustria (613).

#### EL IMPERIO DE ORIENTE.—LOS INVASORES Y EL OBISPO DE ROMA.

(Siglos VI y VII)

1. — El imperio romano en Oriente. — 2. — Justiniano conquistador, legislador y constructor.  
3. — El Exarcado de Ravenna. — 4. — El Obispo de Roma.

1. *El imperio romano en Oriente.*— El año de 476 no marcó, en concepto de los emperadores de Constantinopla, el fin de uno de ambos imperios, sino



la restauración de la unidad imperial; y tal era el prestigio de la institución, que los bárbaros se sometieron á la majestad del autócrata bizantino, de quien recibían títulos y honores, reteniendo ellos la supremacía sobre sus guerreros, limitada por las asambleas, y sobre los romanos, definida por los obispos. Después del excelente gobierno de Pulcheria, la hija de Arkadio, hubo en Constantinopla una serie de emperadores que gastaban su vida en discusiones teológicas, sutiles y empeñadas; de ellas el cristianismo ortodoxo salía frecuentemente maltrecho, con grave escándalo de los obispos de Occidente, cada vez más sujetos al gobierno del obispo de Roma, á quien se daba el nombre griego de *Papa*. El origen de estas reyertas teológicas estaba en la idea firme que tenían los emperadores de su misión y de su potestad religiosa, idea hasta cierto punto involucrada en la tradición imperial, que no acertaba á justificar la separación entre el Culto y el Estado. En ellas se mezclaba el pueblo dividido en partidos, que tomaban nombre de los grupos de cocheros que se disputaban los premios de las carreras en el Hipódromo; era esta una inmensa construcción que las abigarradas y cosmopolitas muchedumbres de Constantinopla tenían por centro de reunión y desorden. El color usado por cada uno de los grupos cocheriles, designaba, como antaño, en el circo imperial de Roma, á las diversas facciones de los *verdes*, los *azules*, los *blancos* y los *rojos*; las preferencias de las multitudes y los príncipes causaban perenne agitación en la ciudad, y algunas veces furiosos motines. De uno de éstos, en que perecieron tres mil personas, resultó electo emperador un oficial eslavo de bajísima procedencia, que se había puesto el nombre latino de Justino; príncipe lleno de fervor ortodoxo que persiguió á los arrianos y colmó de honores al obispo de Roma, á quien reconoció por jefe de la Iglesia. Su sobrino Justiniano heredó el trono en 527. La mujer del nuevo Cesar (según cuenta Procopio, el autor bastante sospechoso de la *Historia secreta* descubierta en el siglo XVII) pertenecía á una familia de mostradores de osos en el circo, que se hizo notable en Constantinopla y luego en Africa y en otras partes, por su belleza espléndida (de que apenas puede dar idea el mosaico de la iglesia bizantina de S. Vital en Rávena, sólo vivo en los extraordinarios ojos) y por su impudor. De vuelta en Constantinopla, la gran comediente supo cautivar al heredero del trono que casó al fin con ella. — En la púrpura imperial Theodora siguió siendo derrochadora y ostentosa, pero se mostró sensatamente enérgica, y aunque dura de corazón y despiadada, muy acertada y digna en el consejo. Tal fué el dominio ejercido por esta insigne ambiciosa sobre el ánimo de su esposo, que fué considerada como copartípe del poder.

2. *Justiniano conquistador, legislador y constructor.*—Cuando Justinia-

no subió al solio, la facción de los *azules* dominaba en el hipódromo, en los tribunales, en el palacio imperial, en las calles; los *verdes*, menos ortodoxos, estaban postergados y oprimidos; cierta ocasión que el emperador en su tribuna (vasto pabellón que comunicaba con el Palacio y se llamaba *Kathisma*) asistía á las carreras, los *verdes* provocaron un inmenso tumulto impetrando justicia, y después de insultar al *basileo*, le obligaron á refugiarse en su alcázar y promovieron una insurrección inmensa, incendiando muchos edificios de la ciudad y proclamando otro soberano: la energía de la emperatriz “que prefería morir en la púrpura como los reyes,” á una fuga vergonzosa, impidió la deserción de Justiniano y el motín que clamaba victoria, por lo que se ha llamado *nika* (victoria), fué ahogado en un mar de sangre por Belisario, á quien había comunicado valor su bella y perversa mujer Antonina, favorita de Theodora.

Los *búlgaros*, mezcla de tártaros y eslavos, y los *antes*, tribus eslavas, amenazaban el imperio hasta en los alrededores de Constantinopla; los persas continuaban sus luchas seculares con los romanos: estos peligros aplazados, si no conjurados por medio de victorias ó tratados efímeros, no impidieron al emperador, de grande ambición y de alma inferior, intentar la realización de su ideal de restablecer la unidad del imperio romano. Ciertamente que lo que habría convenido al imperio bizantino habría sido prescindir de este ideal y concentrar sus fuerzas en la defensa del imperio en Oriente, aun cuando hubiese sido necesaria la separación definitiva desde entonces de la Iglesia, en dos grandes miembros, como fué luego. Esto era lo que aconsejaba Theodora, y así la invasión árabe habría resultado frustránea y el curso de la historia habría cambiado. Pero no podía concebir Justiniano un imperio, si no era el romano; y un imperio romano, sin ser dueño de Africa y el Occidente europeo, era inexplicable. De aquí las expediciones en que empleó Bizancio toda su energía y adquirió su incurable aunque prolongada debilidad. — Grande era también la del reino de los vándalos de Africa desde la muerte de Genserik, y las persecuciones constantes de que eran víctimas los cristianos que no aceptaban el arrianismo, favorecieron los designios de Justiniano; las flotas bizantinas hicieron escala en Sicilia y abordaron los litorales africanos; Belisario, caudillo de las huestes imperiales, venció á los vándalos, destruyó los establecimientos bárbaros, deportó al rey vándalo á Constantinopla, y Africa recobró su carácter de provincia romana por poco tiempo; las depredaciones de los bereberes y la ineptitud del gobierno bizantino hicieron desaparecer hasta los restos de la cultura latina que ahí había florecido con esplendor, y los árabes la encontraron dividida y bárbara. — Italia era una tentación mayor todavía para Justiniano; el



partido de la romanización de los ostrogodos, representado por Amalashuinta, la hija culta é inteligente de Theodorik, después de una corta preponderancia, sucumbió al fin y con él la infortunada reina. Con pretexto de vengarla, Belisario penetró en la Península por el Sur y marchó triunfalmente hasta adueñarse de Roma; pero una poderosa reacción sobrevinida entre los ostrogodos, que les devolvió su energía primitiva, y la ruindad y envidia de Justiniano, que ni reforzaba ni pagaba las fuerzas mermadas de su gran capitán, cambiaron á tal punto la faz de las cosas, que lo que se había creído obra de una gran victoria, se volvió una dilatadísima y feroz campaña con que sufrió horriblemente la Italia entera; pero la víctima principal fué Roma, sitiada ó defendida alternativamente por los griegos; sus monumentos se tornaron fortalezas que era necesario destruir para debelar, y sus obras de arte, vasos, esculturas, etc., sirvieron de proyectiles de guerra. Cuando esa guerra asoladora se acercó á su término, Roma era una inmensa ruina, completamente desierta; sin sus obispos habría tenido la suerte de Nínive ó Babilonia.—Belisario tuvo al fin que ceder el puesto al eunuco Narsés, habilísimo general que con sus auxiliares longobardos, tártaros y persas, venció al bravo Totila, y concluyó para siempre con la dominación de los ostrogodos en la Península, que torna á ser *la provincia imperial de Italia* (554).

El programa de restauración de la unidad imperial en que se había empeñado Justiniano, tuvo todavía una más duradera expresión: la obra legislativa. Para realizarla, el Emperador encontró también excelentes colaboradores, siendo el más conspicuo de ellos el sabio é impopular y odiado Triboniano. Sabemos que desde el siglo IV al período de creación de la jurisprudencia romana, había sucedido el de compilación y codificación; el último de los Códigos promulgados había sido el de Teodosio II (438), colección de las constituciones imperiales desde Constantino, que influyó mucho en los primeros siglos de la Edad Media sobre los ensayos de codificación hechos entre los bárbaros; *lex romana* se llamó entonces al Código Teodosiano, abreviado por los visigodos. La obra de Justiniano fué de mucho mayor aliento: el material era inmenso y fué dividido en dos grandes porciones: una formada con los edictos pretorianos, las leyes, rescriptos y constituciones imperiales; la otra con las decisiones y resoluciones de los jurisconsultos. La parte primera se llamó el Código de Justiniano; pero era la segunda la que en concepto del *basileus* contenía toda la substancia de «la infalible antigüedad», como decía, la compuesta con las doctrinas de los grandes jurisconsultos (del tercer siglo sobre todo), la que se ha impuesto más á la universal atención; en ella está, principalmente, lo que ha servido de fundamento y base al derecho civil moderno. Esta selección de doctrinas hecha con mucha

inteligencia, pero con inverosímil precipitación, y en la que decía el jactancioso emperador no se hallará contradicción alguna (lo que está muy lejos de ser verdad), se dividió en cincuenta libros; á cada doctrina se dió título y fuerza de ley, y el conjunto recibió el nombre de *Pandectas* ó *Digesto*. Antes de que este cuerpo doctrinal fuese promulgado, Justiniano hizo publicar un *manual* ó resumen de la nueva legislación destinada á las escuelas, pero que tenía también fuerza de ley: imitando al jurisconsulto Gaius, se dió á aquel epítome el nombre de *Institutiones* ó *Instituta*, como se llama en las escuelas de derecho en que aún se estudia como en el siglo VI. La legislación posterior á la promulgación del *Código* se llamó *las novelas*, e. d., las nuevas leyes. El emperador reservó el monopolio de la enseñanza jurídica á las escuelas de Constantinopla y Beryto, en el Asia menor, y procuró imponer su legislación al Occidente, mas no lo logró; seis siglos después el derecho romano había de renacer para Europa, y la legislación *justiniana* debía ser la base de aquel renacimiento. Una censura puede dirigirse, entre otras, á la obra inmensa del emperador: los materiales de donde se ex-trajo el Digesto se consideraron inútiles y se perdieron, haciendo así forzosamente deficiente todo estudio de la jurisprudencia romana. La verdad es que de todas maneras se hubieran perdido esas doctrinas, y que se salvaron, aunque arbitrariamente modificadas y adulteradas muchas veces. La verdadera objeción consiste en la falta de unidad del plan y en el recargo frecuentemente inútil de la compilación.—Lo principal en esta obra magna consiste en su espíritu de justicia social, y no hay que olvidar que el Digesto proclama que, conforme al derecho natural, *todos los hombres son iguales*.—Todo ello respondía á un plan de reacción latina contra el elemento griego, menos disciplinable y cada día más preponderante en el imperio, y á un empeño desatentado de centralización y de apagamiento de toda iniciativa individual. El emperador monopolizaba el cultivo del gusano de seda que había introducido en Europa, y cuanta industria podía, hasta la del pan, en Constantinopla; de donde resultaba que la producción era mucho más cara y mucho más mala, que si el interés, la competencia y la economía individual se hubieran ocupado en ella.—Justiniano fué gran protector del arte, sobre todo del religioso; pobló el país de iglesias, y la obra en que cifraba todo su orgullo fué la consagrada á la Sabiduría Divina en Constantinopla (Santa Sofía). Una cruz griega inscrita en un inmenso rectángulo era su trazo: altos muros de material pobre, cúpulas bajas en torno de la principal de piedra pómez, pintadas y doradas por fuera, y todo revestido por dentro de mármoles y metales preciosos, de abigarradas columnas, de mosaicos espléndidos, é iluminado por lámparas perpetuamente encendidas; tal era esta admirable obra típica del arte bizantino, que si costó mucho edificar, ha costado más



reparar y conservar. Entregado á la devoción, cayendo frecuentemente en la herejía, pretendiendo dominar á los bárbaros dividiéndolos entre sí ó por medio de los subsidios cuantiosos ó por las misiones, debatiéndose en mil intrigas palaciegas, de las que fué víctima el débil y heroico Belisario (desgracia de que nació la leyenda de su mendicidad), acabó sus días Justiniano (557).

3. *El Exarcado (virreinato) de Ravenna.* — Parte de los litorales del Mediterráneo occidental (en España, Africa y las Islas) y la Península itálica entera, tales eran las principales conquistas de Justiniano; fueron efímeras. En la antigua Dacia y en Pannonia, después de la emigración ostrogótica, vivían obscuramente dos grupos germánicos: los gépidos, de origen gótico, y los longbards, de origen teutónico; eran de costumbres demasiado feroces, aun con relación á los mismos bárbaros, para poder fundar en aquellas comarcas nada duradero; demás de esto, sus perpetuas y terribles querellas les impedían arraigarse; para lograr destruirse entre sí recurrían á las hordas tátaras acampadas entre el Volga y el Pruth (awars) ó á las tribus eslavas. Tátaros y eslavos lograron desalojar á los germanos, y los longbards tomaron el camino de Italia acaudillados por Alboin. Italia, acostumbrada á estas terribles invasiones, se estremeció de espanto á la vista de los salvajes lombardos, que desolaron el valle del Po y lo sojuzgaron fijando su centro en Pavía; Italia, virreinato bizantino, recorrida de Norte á Sur por aquellas hordas terribles, cambió de aspecto político; el exarcado se recogió en la zona central que va del Adriático al Tirreno, y su capital fué Ravenna, que podía estar en constante comunicación con Constantinopla. En el otro extremo de este exarcado estaba Roma, que sacudía trabajosamente su sudario de ruinas, y en donde hacían, naturalmente, el primer papel los obispos ó papas, como les llamaban los griegos. A pesar de todo, se mantenía vivo en el exarcado y en los *themas* ó gobiernos griegos del Sur de la Península el modo de ser helénico. La legislación de Justiniano se observaba, el arte bizantino tenía ahí manifestaciones típicas, y el obispo ó patriarca de Ravenna solía considerarse superior al de Roma. El exarca, por medio de una centralización sistemática, de una helenización sistemática también y minuciosa, destruyendo todo régimen municipal y nombrando empleados griegos en los ducados en que se dividió el nuevo gobierno, pretendió ahogar en el interior toda idea de independencia, así como la substitución del elemento militar al civil, y las alianzas con los francos le sirvieron de medio para luchar contra los lombardos que codiciaron constantemente la dominación en el exarcado y en Roma.

4. *El obispo de Roma.* — La Iglesia católica, después de su triunfo del siglo IV, heredera de la idea de unificación del imperio, de cuyas entrañas había nacido, no había podido realizarla; sin embargo, las grandes porciones

de bárbaros arrianos que ocupaban buena parte de los territorios imperiales, las pretensiones históricas del obispo de Roma y las del patriarca de Constantinopla, que después de la división del imperio habían tomado mayor importancia, no permitían la unión, á pesar de que los emperadores creían dominar desde su solio á las dos cabezas de la Iglesia. La que realmente dominaban era la sede bizantina, al patriarca de Constantinopla que estaba completamente á merced de los caprichos teológicos imperiales. La Iglesia de Roma apareció á los obispos como más libre de la influencia civil, y su papel de supremacía honorífica se iba transformando en una potestad real sobre el episcopado, al menos en Occidente. Al declinar el siglo VI, un patricio de vida intachable, de superior inteligencia y de inmenso prestigio en Roma é Italia, subió á la cátedra de San Pedro con el nombre de Gregorio; la Iglesia le llama San Gregorio Magno.

Pero antes había llegado á su madurez un hecho en el seno mismo de la Iglesia, destinado á influir profundamente en su futuro destino: nos referimos al *monaquismo*. Muchas de las religiones orientales habían tenido sus monjes; era natural que el cristianismo nacido en Oriente siguiese este ejemplo, porque como el ideal de la vida perfecta propuesto por el Evangelio era el desprendimiento de todo lo terrestre, sólo podía realizarse en el aislamiento y la soledad. Los primeros anacoretas buscaron los desiertos y ahí vivían en las cavernas y los sepulcros; á raíz del triunfo del cristianismo se formaron en Egipto y luego en Asia inmensas comunidades (*cenobios*) de monjes que se entregaban á la oración, á la vida contemplativa, á las privaciones y vivían del trabajo de sus manos y votaban la obediencia y la castidad. El que mejor organizó un considerable grupo de estos monjes fué San Basilio, en Asia menor, á fines del siglo IV. Por esta época sólo en Egipto había más de cien mil cenobitas; algunos llevaban la abnegación hasta el suicidio, hasta penitencias inverosímiles, como la de Simeón Stylita, que pasó treinta años de su vida sobre una columna, caso que sólo tenía semejante entre los santones de la India; los otros formaban turbas de fanáticos y despiadados que vestidos de astrosos sayales negros y cubiertos con pieles de chivo, invadían algunas ciudades de Siria y Egipto, destruían los más bellos monumentos del arte pagano, quemaban bibliotecas como la de Alejandría y daban muerte á los últimos representantes del politeísmo filosófico de los helenos, como la bella y sabia Hipatia, la última encantadora flor de las escuelas paganas. — A mediados del siglo IV, San Atanasio había trasplantado el monaquismo al Occidente en donde pronto cundió. — Los *cenobios* ó *monasterios* fueron en algunas partes focos de cultura de primer orden, y entre ellos algunos de Irlanda, de donde



salieron en los inmediatos siglos los mejores misioneros y maestros de la cristiandad. Benito de Nursia fué quien durante el siglo VI organizó aquellas fuerzas diseminadas, creando un tipo, en el monasterio del Monte-Casino, que fué pronto imitado por todas partes: los monjes desde entonces debían dividir su tiempo entre la agricultura, los trabajos manuales y la transcripción de los libros; todo ello debía hacer aptos á los monjes para defender la fe y cristianizar á las naciones paganas, civilizándolas al mismo tiempo. — La Iglesia, al ponerse en contacto con la barbarie, había perdido la pureza de las costumbres; los monjes la reformaron; los obispos habían defendido las ciudades y cristianizado á los invasores; los monjes propagaron la fe más allá de los límites del imperio, y en el Occidente europeo *todos ellos se alistaron bajo la bandera del obispo de Roma*.

Este obispo era, á fines del siglo VI, un monje, y ese monje era un gran papa, ya lo dijimos. Gregorio hizo de la Roma pagana una ciudad santa; de entre las ruinas y con los materiales de los monumentos antiguos surgió una Roma de Santuarios y Basílicas, en donde los fieles, las ovejas del Pastor, únicamente socorridas por él en las inundaciones, la peste y el hambre, se reunían á cantar himnos sencillos, según el modo por el obispo fomentado (canto gregoriano). Esta ciudad y este obispo dependían de Constantinopla, y el papa saludaba á los emperadores legítimos y á los usurpadores con cánticos de hiperbólico regocijo; pero en cuanto se trataba de la supremacía del obispo sobre los otros obispos, ó sobre la Iglesia entera, nada igualaba la entereza de sus reclamaciones; un concilio universal (el de Kalkedonia) había proclamado esta supremacía, y Gregorio la sostuvo por tal manera, que puede considerársele como *el verdadero fundador del poder espiritual de los Pontífices*. Su obra de propaganda fué también de inmensa trascendencia: como siempre, el elemento femenino aliado al monástico, fué la palanca poderosa que, removiendo y trasformando el alma de los caudillos bárbaros, traía por consecuencia la conversión del pueblo. — En tiempo de Gregorio la obra de la catolización de los arrianos lombardos adelantó mucho; en España, en la familia real visigótica, después del sangriento drama de que fueron protagonistas el severo Leovigildo y su rebelde hijo católico Hermenegildo, las influencias del clero ortodoxo lograron prevalecer definitivamente, y el heredero del trono, Rekared, declaró al catolicismo religión del pueblo hispano-gótico, y los concilios celebrados desde entonces en Toledo tuvieron participación directa en el gobierno de la monarquía. — En Inglaterra donde, como veremos luego, los anglos y las sajones venidos de las riberas germánicas del mar del Norte habían fundado varios reinos, obtuvieron también éxito completo las

misiones monacales enviadas por Gregorio, á pesar de que el episcopado bretón ó céltico tenía en la isla sus representantes, que pusieron serios obstáculos á la propagación de un catolicismo completamente sometido á Roma; ellos lo concebían menos disciplinado, pero más evangélico. — En suma, fundación definitiva del poder espiritual del Pontífice; emisión del concepto de que *en cierta esfera del poder temporal, civil ó político, estaba subalternado al espiritual*; organización del monaquismo para mejorar las costumbres, moralizar á los bárbaros y disciplinar la Iglesia; propagación del catolicismo entre los bárbaros, arrianos ó paganos, tal fué la obra fundamental del papado en el siglo VI.

#### LOS ESTABLECIMIENTOS BARBAROS DESPUES DEL SIGLO VI.

1 — El reino hispano-gótico. — 2. — Los Anglosajones. — 3. — Los Longbards. — 4. — Los Franks.  
5. — El imperio bizantino y los bárbaros en Oriente.

1. *El reino hispano-gótico.* — El pueblo gótico fué el que más dispuesto se mostró para asimilarse los elementos de la cultura romana; pero esta asimilación pareció hacerlo inhábil para la vida. Los compañeros de Alarik, acampados entre la Loire y el Pirineo, por concesión del emperador, emplearon sus fuerzas en ayudar á los ejércitos romanos á desbaratar la invasión de los hunos en las Galias, y en devolver al imperio la provincia española que había sido un sumidero de invasiones germánicas (vándalos, alanos, suevos); gracias á los visigodos desaparecieron los vándalos, que se trasladaron á Africa dejando su nombre á la antigua Bética (V-andalucía) y los alanos que quedaron refundidos en el grupo más resistente de los suevos. Fijados definitivamente en Aquitania (entre el Garona, el Ródano y los Pirineos) y teniendo por capital á Tolosa, los reyes visigóticos pusieron mano en la obra de la romanización; su cristianismo arriano era un obstáculo para lograrlo, pues la población los repelía por ello y los obispos conspiraban en favor de los franks. Estos destruyeron, al comenzar el siglo VI, el reino de Tolosa, y hubieran acabado por completo con la existencia independiente de los visigodos, sin la intervención de Teodorik, que salvó para ellos una parte estrecha de la Galia Pirenaica, y les permitió seguir en España el curso de sus destinos.

España, mientras vivió Teodorik, fué una provincia del imperio ostrogótico; á la muerte del gran rey bárbaro recobró su autonomía y continuó sus luchas con los franks y con los bizantinos que destruían el dominio vándalo en Africa y luego se adueñaban de Italia; las discordias que en España sobrevinie-